MAURITANIA: EL GOLPE PREVISTO

P. COSTA MORATA

DESDE la "invasión" marroquí de Mauritania para ayudar al régimen contra el Polisario, la suerte de Daddah estaba echada. Una República sin estructura política, con una economía frágil y un esfuerzo de guerra absolutamente desproporcionado, se veía condenada a un régimen militar en el momento en que el Ejército tomase conciencia de su propio ridículo y de la aventura expansionista del Presidente.

Daddah, Bumedian y la reunión de Bechar

Hasta, prácticamente, el día del golpe, Daddah ha estado reprochando al Presidente argelino sus amenazas, acerca de su futuro y del de Mauritania, con ocasión de la reunión de ambos en Bechar, el día 10 de noviembre de 1975, unos días antes de la firma en Madrid del acuerdo de partición. Bumedian le significó a Daddah que la parte más débil del conflicto inminente era él, precisamente, y que Argelia no iba a admitir un acuerdo de espaldas al Polisario.

El Frente Polisario ha ido atacando a Daddah sin cesar, pretendiendo (y consiguiendo, probablemente) separar su responsabilidad como "siervo de Hassan y esclavo del Imperialismo" de la del pueblo mauritano, llevado a la guerra por intereses contrarios. La guerra en Mauritania, con la participación escalonada de varios miles de soldados marroquíes y de "consejeros" y aviones franceses, iba apareciendo cada vez más claramente como un asunto injustificado, únicamente mantenido por el empecinamiento del Presidente y su entrada en el engranaje franco-marroquí de mantenimiento de la "estabilización" a ultranza en el Noroeste de Africa.

Argelia fue la que consiguió el reconocimiento de la República Islámica de Mauritania de parte de Marruecos, nueve años después de la independencia, y la que adiestró los primeros cuadros mauritanos de la minería del hierro y de la Administración. Frente al expansionismo de Rabat, Argel necesitaba una Mauritania autosuficiente, económica y políticamente. Pero con el descubrimiento por parte de Daddah de un horizonte también expansionista en el Sahara Occidental, el desequilibrio se alteró gravemente, como los acontecimientos posteriores han demostrado. Las fuerzas marroquíes están a un paso —trescientos kilómetros— del río Senegal, lo que ni siquiera El Fassi, líder y máximo formulador del Istiqlal, pudo desear en vida.

Un país pobre e invertebrado, étnicamente heterogéneo, ambicionado por Marruecos y envuelto en una guerra que absorbe el 60 por 100 de su presupuesto, está llamado a desaparecer si no encuentra la forma de salir del atolladero.

Un golpe previsto por casi todos

Las cancillerías afectadas, muy cínicamente, han mostrado su asombro ante la toma del poder por parte del teniente coronel Mustafá Uld Salek. Lo único que podía sorprender es el nombre del golpista, y no a todas las partes, ya que cualquier oficial de mediana graduación, entre el escaso ejército mauritano, estaba en condiciones de imponer el orden en el Estado, agonizante desde hace meses.

Uld Salek es un militar nacionalista que, pese a las declaraciones iniciales, no va a mantener la guerra como hasta ahora. Los militares en Mauritania son los únicos que están en condiciones de buscar una solución política al problema, ya que militar saben perfectamente que no la tiene. Antes de que la presencia militar marroquí o la ayuda francesa lo hagan imposible, los militares intentarán —probablemente más de una vez— salvar a Mauritania de la desaparición como Estado. En el nuevo Gobierno abundan los militares que se han destacado en la guerra contra el Polisario (los que ya saben perfectamente que no es contra Argelia), como los tenientes coroneles Mayub y Busseif. La cuestión, ahora, estriba en ver si las intenciones del nuevo equipo en el poder —previsiblemente acabar la guerra— se ven refrendadas o no por los padrinos marroquí y francés.

La **lucha por la tendencia** en el Comité Militar enfrentará también a los sectores económicos mauritanos hartos de guerra —pequeños comerciantes y empresarios, burguesía excluida de

Marie-Thérèse, primera dama por encima de toda sospecha

LA esposa del Jefe de Estado, mauritanizada, Marien, se encontraba en el momento del golpe que ha desplazado a Mojtar asistiendo en Dakar a un congreso de mujeres abogados, en compañía de la también francesa esposa de Senghor. El susto, a buen seguro, habrá afectado a las dos **primeras damas**, a la saliente y a la veterana, por más de una circunstancia muy relacionadas y vinculadas frente al futuro y ante el presente.

Marien Daddah, todo el mundo lo sabía, ejercía de Presidenta activa, y no solamente como **alma** de la modernización de la mujer mauritana o de la organización de la defensa civil contra el Polisario. Era la animadora del "lobby" francés en Mauritania, es decir, de los dueños reales de la vida y futuro de la República islámica surgida —no se sabe aún hoy muy bien cómo— en 1960. Realmente, aquel proceso de nacionalizaciones y de afirmación nacionalista desencadenado a partir de 1971, incluso antes, no acababa de entusiasmarle. Esa influencia económica y, desde luego, política de la Argelia vecina, generosa y hegemónica, no encajaba ni mucho ni poco en su esquema de un desarrollo nacional dentro de un orden (a ser posible francés) y siempre teniendo muy en cuenta los lazos múltiples con Francia.

Mojtar Uld Daddah ya estaba seleccionado para altas funciones (entre una media docena de mauritanos con carrera) en 1958, cuando contrajo matrimonio con Marie Thérèse, compañera en la Facultad de Derecho en París. Como Senghor, Huphuet-Boigny, Tombalbaye, Ahidjo, etc., el futuro "padre de la patria mauritana" reunía ante los ojos de Francia y de su último esquema imperialista —la Unión Francesa— todas las cualidades para ser un buen Jefe de Estado, competente y dócil, agradecido con la independencia y dispuesto a dejar en manos de Occidente el hierro de Frerick. Marien era una garantía más que, por cierto, abrazó el islamismo tras mucha reflexión y tras un largo período de búsqueda sincera de la verdadera fe.

La obra de la Presidenta en Mauritania ha sido ingente, aunque hay que destacar el Instituto Nacional de Estudios Políticos, donde, sin ir a París, se podían adquirir los rudimentos de la fidelidad a la Francia poderosa y omnipresente. Y otras realizaciones más, como el voluntariado del Servicio Cívico, a raíz de las incursiones polisarias, única y exclusivamente organizadas —como ha sido notorio— por la enemiga argelina, causa y principio de todos los males que aquejan hoy a la República.

Ultimamente, cuando no había forma de capturar un solo argelino y las incursiones polisarias solamente se podían entretener partiendo de una gran simpatía de la población, Marien Daddah reconoció que el Polisario gozaba de simpatizantes dentro de Mauritania. Sin duda, todavía no dominaba la francesa integrada plenamente los conceptos elementales de la ósmosis del desierto, de la vinculación de las poblaciones saharianas y de la profunda voluntad de libertad y de paz. Después del plomizo Congreso extraordinario del Partido del Pueblo Mauritano, en enero de 1979, mientras algunos delegados —los pocos que abrían la boca para decir algo— mostraban el menor entusiasmo

por las proclamas **unionistas** del Presidente, la Presidenta veía cómo el ambiente de fin de reino se extendía desde el desierto hasta la sala de congresistas. Pero negociar con el Polisario —Argelia para ella— no entraba en perspectiva; Daddah no podía dar marcha atrás en la fase histórica que abría el histórico acuerdo de Madrid, aun a base de aceptar un riesgo no menos histórico.

Marie Thérèse, para algunos la consejera pro francesa de Mojtar, ha pasado de forma relativamente estúpida a la categoría de ex primera dama. También se ha perdido en esos 90.000 kilómetros —un sexto de Francia— llamados Tiris el Gharbia, antes Río de Oro. Se acabó su experiencia mauritana. ■

Mojtar Uld Daddah, el Presidente depuesto tras el incruento golpe militar.

las nacionalizaciones— con la presencia militar extranjera, que quiere liquidar al Polisario. Los conflictos que ya han estallado en las ciudades más importantes y en las guarniciones conjuntas, de índole **antimarroquí** se van a ver incrementados en la medida en que despunte más libremente la actividad de los **propolisarios.**

El Polisario suspende las hostilidades

El golpe en Nuakchott hay que anotarlo en el haber del Frente Polisario, que ha ido directamente, a través de los meses, a desestabilizar el régimen de Daddah y a despojarlo del poder, mientras que ha conseguido reducir la implantación marroquí a los núcleos de población más importantes del Norte del Sahara. Haciendo imposible el funcionamiento de la economía mauritana, dramáticamente dependiente del ferrocarril Zuerat-Nuadibu, ha forzado la ayuda saudita y kuwaití; hostigando al Ejército, ha obligado a la ayuda masiva del Ejército marroquí y a la intervención francesa (absolutamente disparatada en un contexto africano), con el malestar del Ejército, que es el sector que repele más vivamente el expansionismo de Rabat, siempre latente y ahora en auge.

El Polisario ha ofrecido su mejor voluntad deteniendo las hostilidades y **aprobando** el golpe, además de dar un voto de confianza a los militares. La reacción de Uld Salek no será inmediata, pero parece que ineludiblemente irá encaminada a la negociación directa o indirecta. El peligro empieza ahí, en el momento de lucha desesperada de las tendencias y las influencias, entre las que hay que contar la argelina, todavía implantada en Mauritania. Ahora quedan, frente a frente, el Polisario y los "padrinos" marroquíes, en una lucha directa, desesperada. No es difícil imaginar lo que supondría que se concretase un acuerdo entre Mauritania y el Polisario: Marruecos quedaría en evidencia expansionista y habría perdido la gran baza mauritana, que se volvería en contra. Marruecos sólo consiguió ser el beneficiario de la anexión del Sahara en la medida en que vinculó —de forma humillante, pero hábil— a Mauritania al reparto.

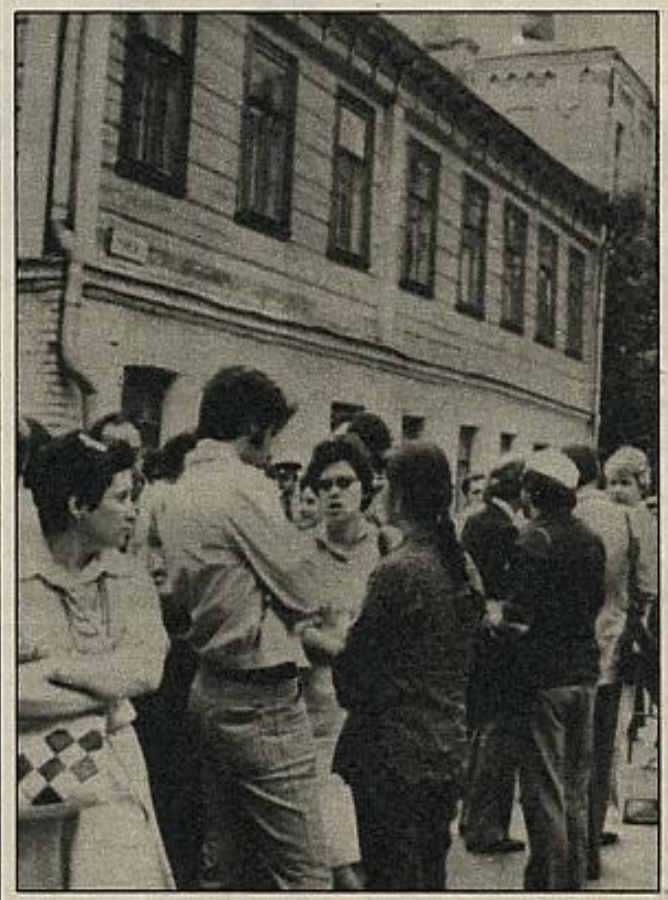
En cualquier caso, el Frente Polisario sabe que peor no le puede ir, y que antes o después —tras este golpe o tras otros sucesivos— la negociación se impondrá. Es la guerra la que ha producido el golpe. ¿Cómo —dicen— van a querer continularla Salek y su Comité? ■

Todos somos disidentes

AL pronunciar sus recientes veredictos contra Anatoli Schcharansky y Alexandr Ginzburg, los Tribunales de Moscú no se han limitado a sentenciar a dos ciudadanos soviéticos, sino que con ellos han condenado también a cuantos en el mundo —comunistas o no— defienden, defendemos el libre ejercicio de la opinión y la crítica como derechos irrenunciables del individuo frente al poder, cualquiera que sea éste.

Las sentencias moscovitas, que convierten, una vez más, en papel mojado los acuerdos, tan trabajosamente logrados, de Helsinki, han sido ya criticadas con extrema dureza por algunos partidos comunistas de Occidente, si bien otros persisten todavía en la ambigua y cómoda postura de nadar y guardar la ropa.

Mientras tanto, resulta cada vez más claro que no pueden los partidos llamados "eurocomunistas" limitarse a defender sus propias vías nacionales al socialismo, justificadas por razones de tradición cultural e histórica distintas de las que dieron origen al partido bolchevique. Se trata ya no sólo de propugnar unas vías originales, sino de poner al mismo tiempo en tela de juicio el contenido real de ese socialismo que se propone como meta de todo el proceso. Porque medir el socialismo únicamente por el aumento del PNB, de la producción total de acero o del número de satélites colocados en el espacio, es olvidar una parte, sin embargo, esencial del problema: la necesidad de conjugar la igualdad real, y no sólo jurídico-formal, de los ciudadanos con las más plenas garantías para sus libertades fundamentales. Mientras esto no ocurra, todos seremos disidentes. Lo que no obsta para que denunciemos de paso la hipocresía de las condenas de muchos partidos, medios de comunicación y líderes políticos de Occidente que deberían antes de nada ponerse ante el espejo para ver la viga en el propio ojo. ■ *J. R.*



Amigos de Schcharansky y periodistas occidentales aguardan a las puertas de un Tribunal de Moscú.